

“Voluntarios de Cáritas,
portadores de esperanza”

**Cardenal Dr. Oscar A.
Rodríguez Maradiaga**

Los Voluntarios, portadores de esperanza

Queridos amigos voluntarios de Cáritas de Cataluña.

Gracias a ustedes, gracias Sr. Cardenal por la invitación. «Servir es siempre renacer», dice el himno de la Universidad Javeriana en Colombia... y es cierto. El Evangelio tiene un futuro asegurado en el mañana de la historia si lo vivimos personalmente, y vivirlo personalmente —no en la privacidad del individualismo— significa unir esfuerzos bajo una institución capaz de crear como lo ha hecho Cáritas una escuela y un método que enseñan el verdadero «arte de amar».

Muchas personas me preguntan: ¿Cómo ha afectado a Cáritas la crisis económica? Para responder a esta pregunta tenemos que hablar de la ética en el mundo de hoy, sumido en la crisis más grande que ha tenido lugar después de 1930. Es cierto que ha habido entre esa fecha y hoy otros momentos difíciles, como aquellos de los años setenta, pero nada tan desafiante como la situación de hoy. Y digo que debemos hablar de ética porque toda gran crisis económica o política va siempre acompañada de una ruptura de principios, de la certeza de haber perdido los cimientos y de no saber ya de prioridades ni del sentido de las cosas. Es la «sociedad líquida» de la que nos habla Z. Bauman, es la sociedad del relativismo que señala el papa Benedicto XVI y otra serie de mentes lúcidas capaces de ir más allá de los fanatismos y de los fundamentalismos.

«Todo no vale nada y el resto vale menos», decía un escritor latinoamericano al señalar que la gran crisis no es aquella en donde «todo es

negociable», sino que esa crisis llega a su máxima expresión cuando ya no vale la pena negociar.

Y es que se ha ido más allá de la corrupción superándola. La corrupción supone que la moral y el bien tienen un valor y se paga para comprar ese valor y degradarlo. Hoy nada vale nada y, por tanto, se proclama a los cuatro vientos que se es «a-moral»; en consecuencia, se desprecian el bien y el mal y se sustituyen por la indiferencia o, mejor, por la negación de todo valor. Y a esa nueva postura la llamamos tolerancia, que no es otra cosa que afirmar que nada de lo que vemos, hacemos y se nos presenta merece nuestro compromiso. En buena parte la *tolerancia* es la indiferencia hacia el otro; también es indiferencia frente a sí mismo, es la negación de todo límite y, por tanto, la esclavitud de la libertad.

La economía padece de esta crisis. Padece de una mala definición del *ser humano* y de una mala concepción de *humanidad*. Es por ello que buscar tan solo soluciones económicas a la crisis es elegir un falso método, un falso camino.

Bien recuerdan ustedes que hace algún tiempo se celebraba en Londres la reunión del G20 para estudiar lejos de toda retórica las soluciones para superar la amenazadora crisis. Se escuchó de todo, pero solo hubo insinuaciones que a mi parecer iban en el camino adecuado porque, previo a cualquier plan de recuperación, es preciso darse respuestas básicas que no se han trabajado aún.

Hay que pensar que como habitantes de este mundo debemos preguntarnos de nuevo:

- Qué es el ser humano
- Cuál es el sentido del vivir

- Qué es eso del ideal de la humanización
- En definitiva: Qué es eso que llamamos *ecología humana*

Es de esas respuestas de donde saldrá la posibilidad de construir por consenso una economía al servicio del ser humano y una política que le ayude a encontrarse y cumplir con las tareas de una civilización que debe ser cada vez más humana. Se unirán entonces en el *oikos* —la ‘casa’— su definición y razón de ser (*ecología*) con su administración en beneficio de todos (*economía*). Ha sido después de las reuniones cuando se ha despertado la certeza de que sin responder a estos interrogantes no habrá respuesta cierta a la crisis.

Quienes estamos aquí sabemos que Cáritas es la opción de servicio más aquilatada de la Iglesia. ¿No se ha dicho acaso que la «caridad de Cristo nos apremia»?

Después del Año Paulino convocado por el papa Benedicto XVI, recordando a ese apóstol que tuvo el genio de comprender como ninguno al Señor sin haberlo conocido como persona física pero que supo aprovechar el don de conocerlo interiormente y de escribir por tanto las páginas más inolvidables de la caridad cristiana, debemos hacernos al trabajo de realizar sin pausa y permanentemente la caridad.

¡Es preciso dejar discurrir al Espíritu de Pablo! Ese apóstol me gusta por lo tiernamente humano, por lo duramente humano que fue. Y no me estoy contradiciendo porque fue a la vez lo uno y lo otro. Fue un luchador duro, tenaz, capaz de la caricia y del golpe..., pero siempre en cada momento revestido de ese afecto que a veces hace que el amor tenga que decir NO y lo haga con persistencia porque es preciso «guardar la fe» para poderlo confesar así al final del combate.

Que lo diga si no Bernabé, o que lo diga Pedro cuando el primer concilio de Jerusalén. Pablo es genial. Siempre obedeció, pero nunca dejó de hablar claro, y eso es parte de su mérito. Esta es la experiencia que es necesario aprender. En nuestra Iglesia hacen falta ahora quienes hablen claro, pero dando la garantía de que obedecerán y de que lo harán desde la caridad ejercida con tenacidad.

Es preciso adentrarse en ese gran trabajo de Lucas que fue no solo su Evangelio, sino la «casi» biografía de Paulo pergeñada en los *Hechos de los Apóstoles*.

Pero: ¿Y no nos iba a hablar del voluntariado?

San Agustín, en una de sus cartas, habla muy claramente del amor hecho testimonio en el servicio: «La caridad fraterna es la única que distingue a los hijos de Dios de los hijos del diablo. Pueden todos hacer la señal de la cruz, responder «amén», hacerse bautizar, entrar en la iglesia, edificar templos. Pero los hijos de Dios solo se distinguen de los del diablo por la caridad. Puedes tener todo lo que quieras; si te falta el amor, de nada te vale todo lo demás.»

Creo que nuestro pretérito cristiano, tan bello y extraordinario, está lleno de enormes testimonios de hombres y mujeres que, voluntariamente, amaron, sirvieron, se entregaron y hasta murieron por amor; el ejemplo radiante y magnético de sus vidas ejemplares es fascinante y nos invita a admirarlos, recordarlos e imitarlos.

Creo que cualquiera de vosotros sabe quién fue la primera «voluntaria» de la historia. Os lo digo yo: una jovencita se entera de que su parienta, ya mayor, ha quedado encinta; la noticia la toma por sorpresa, pero al

“ Voluntarios de Cáritas,
portadores de esperanza ”

pensar en que su familiar estaría cada vez más urgida y necesitada de ayuda, sin escatimar el tiempo en que se dedicaría a la atención de esta mujer embarazada, sin pensar en la distancia que tendría que recorrer para llegar a casa de ella, sin calcular el costo personal de la decisión de ir «voluntariamente» a prestar un servicio y a brindar un acompañamiento a quien lo necesitaría, decide marcharse y recorrer un camino de 130 kilómetros, en una caravana insegura, haciendo un trayecto difícil en un camino sinuoso y lleno de peligros... Nada la detiene en su vocación de servir. Ella va presurosa, espontáneamente, aun sin ser llamada, porque una íntima sensibilidad del corazón la mueve y la lleva a prestar «voluntariamente» un servicio. Nos dice el historiador de este relato, llamado Lucas, que el nombre de esa chica era María. Desde entonces, entre los seguidores de Jesús, el hecho de salir presurosos, tomar la iniciativa, correr riesgos para ir al encuentro del necesitado es lo que cualifica y autentica su fe. A partir del modelo paradigmático de María de Nazaret podemos intentar hacer un esbozo de «modelo» del voluntario.

Y diré que es una persona que fundamentalmente cree que el bien es necesario hacerlo y hacerlo bien; es alguien que toma la decisión de servir a un «nosotros» fraterno, humano, sin distingos ni acepción de personas. Y como es una persona humanamente integrada, armónicamente bien lograda, más allá de las creencias ve en cada ser humano al «prójimo» real y verdadero, y procura servirlo con gratuidad, generosidad y calidad.

Cada voluntario o voluntaria de Cáritas ofrece un servicio desinteresado, libre, noble y bondadoso, impregnado de amor y estilo cristiano en el modo de amar, servir, compadecerse samaritanamente de las necesidades del prójimo, acogiendo, atendiendo, escuchando, orientando y ayudando, sosteniendo y aupando a todos aquellos hermanos a los que la sociedad maltrata, empobrece y excluye. Todo ello siempre imbuido



de sentido de responsabilidad, laboriosidad y caridad, lo que sumado da como resultado una «cultura de gratuidad y de solidaridad».

El voluntario y la voluntaria de Cáritas entrega sus mejores energías al desarrollo y la integración de la sociedad, ayuda con su presencia mitigante y pronta a las personas más vulnerables de la comunidad, afronta el drama de la pobreza y la exclusión y ayuda a remediarlas con eficiencia, sobre todo promoviendo la justicia social, con una variedad de obras inspiradas por el amor. El voluntariado de Cáritas es portador de esperanza digna, firme y operosa, capaz de cambiar la vida de muchas personas.

Lo que hace Cáritas puede que otras entidades lo hagan también, pero el modo en que lo hace Cáritas habla de lo que realmente somos. Por eso el estilo que inspira el modelo gozoso y animoso de entrega y solidaridad que sostiene vertebralmente toda la estructura y el desempeño de nuestras acciones, buscando siempre lo que contribuya a enriquecer y mejorar nuestra identidad y nuestra acción voluntaria, es original, es propio de Cáritas. Y no es desde ahora, pues en esto Cáritas no solo hace su tarea, sino que ayuda a otros a «aprender». Y por eso digo que este trabajo es una cátedra permanente de teología pastoral.

Bien decía al respecto el beato Juan Pablo II en la encíclica *Sollicitudo rei socialis*: «Por ello, deseo llamar la atención sobre algunos indicadores genéricos, sin excluir otros más específicos. Dejando a un lado el análisis de cifras y estadísticas, es suficiente mirar la realidad de una multitud ingente de hombres y mujeres, niños, adultos y ancianos, en una palabra, de personas humanas concretas e irrepetibles, que sufren el peso intolerable de la miseria. Son muchos millones los que carecen de esperanza debido al hecho de que, en muchos lugares de la Tierra, su situación se ha agravado sensiblemente. Ante estos dramas de total

“ Voluntarios de Cáritas,
portadores de esperanza ”

indigencia y necesidad, en que viven muchos de nuestros hermanos y hermanas, es el mismo Señor Jesús quien viene a interpelarnos (cf. Mt 25, 31-46)».

La tarea de Cáritas es precursora de *Populorum progressio* y de *Sollicitudo rei socialis*. Y las vivas experiencias de Cáritas iban a ser iluminadoras en el Concilio Vaticano II. Hay acciones que son decisivas para nuevos proyectos y generan proféticamente cambios que dejan huellas en el mundo. Humildemente Cáritas, gracias a su generoso voluntariado, lo hace, y sus obras hablan con la elocuencia y la evidencia de la verdad.

Cáritas no nace ahora, tiene mar de fondo. Nadie puede colocarse en la tarea de jugar a ser el «iluminado» que la «refunda» porque se corre el riesgo de ser aquel que la «confunda». La moda ahora es confundir y es por ello que no se puede caer en el juego. Cuántos no han tratado de decir las verdades fundamentales del Evangelio de una manera «más profunda» corrigiendo y completando al Señor, y nos han obligado después ante una tan frágil sabiduría a volver con gozo a la «sencillez» del Evangelio y a las verdades elementales del magisterio.

El año pasado, en el marco celebrativo del Año Europeo del Voluntariado declarado por la Unión Europea, Cáritas vio en ello una nueva oportunidad para reconocer la labor de nuestros voluntarios y, también, para infundirles nueva fuerza.

Fue un momento precioso para hacer visible desde nuestra institución un voluntariado portador de esperanza que actúa en el marco de la pobreza y la exclusión social, promoviendo la justicia social, dinamizando una sociedad con alternativas, más samaritana, más acogedora, más comunitaria, más accesible y más humana.

Por eso vale la pena estar aquí, porque no estamos perdiendo el tiempo, sino aprendiendo cómo se vive la caridad, cómo se perfecciona la solidaridad en la caridad.

Veo importante remitirme al perfil del voluntariado de Cáritas, por todos vosotros conocido, tan rico y completo, no con la intención de decir algo distinto a lo ahí descrito, sino para hacer énfasis en algunos aspectos fundamentales que ponen de relieve la misión de esperanza que anima el quehacer de cada voluntario y voluntaria de Cáritas.

En el lenguaje propio de la Iglesia no estaría nada mal que fuésemos tomando conciencia de que la denominación *ministro de la caridad* es muy probable que se adapte mejor para expresar el sentido de identidad cristiana y pertenencia eclesial, porque se trata de un auténtico servicio eclesial con el mismo rango que el ministerio que presta un catequista o un misionero desde su condición laical. Porque la identidad del voluntario de Cáritas viene dada por el ser cristiano que nace del sacramento del bautismo y de la fe que se tiene como un don de Dios. Cuando el voluntario se siente cristiano es que disfruta del don de poderse dar respuesta a la pregunta esencial «¿quién soy yo?», en tiempos de crisis de identidad.

El voluntario de Cáritas, en este sentido, debe construir su identidad asimilando en su yo personal el ser personal de Jesús, pues el bautismo y su gracia sacramental proporcionan esta nueva consistencia ontológica personal. Eso es el voluntario de Cáritas y por eso es lo que hace o realiza en coherencia con su ser porque «es» cristiano.

Por ello, la esperanza que difunde es una esperanza cristiana, con fondo, forma, contenido y esencia totalmente cristianas. Sus creencias cristianas son la convicción fundamental del testimonio de vida que ofrece en

el mundo de los desvalidos, los despojados, los empobrecidos, los marginados, los olvidados y los segregados.

El seguimiento de Jesús se realiza desde una fe que se hace práctica concreta del amor: lo que cuenta es una fe activa por el amor (Gal 5,6).

El amor de por sí es esperanzador. En una sociedad secularizada y pluralista, el único lenguaje que tiene aceptación plena es el de las obras de amor practicadas con la intencionalidad liberadora de la pobreza y de las exclusiones sociales. La gratuidad de esta actitud y de estas acciones (samaritanas) que contrastan profundamente con el egoísmo presente en el hombre hace surgir unas preguntas precisas que orientan hacia Dios y el Evangelio. Incluso cuando se trabaja por la paz, por la justicia, por los derechos del hombre, la promoción humana es un testimonio del Evangelio si es un signo de atención a las personas y está ordenado al desarrollo integral del hombre (RM 42; EN 12; AG 12).

Quienes somos miembros de Cáritas sabemos por experiencia propia que ejercer la caridad es difícil. Es fácil ser filántropo; no es difícil ser generoso. En cambio, es bastante difícil ser solidario, porque implica acercarse al otro y tomar parte de su «oficio de vivir». Pero es muy complicado ejercer la caridad, porque esta me exige mirar en el otro no solo a mi hermano, sino a Cristo que vive en cada uno de nosotros. Quien es caritativo hace posible que el Cristo que hay en mí sirva apasionadamente al Cristo que hay en ti.

Cáritas no es solo una organización. Si así lo fuera bastaría recordarla y punto. A lo mejor se le podría conseguir o gestionar una condecoración. Pero no. Cáritas es la acumulación de testimonios de muchos españoles que se dedicaron a hacer cierto el desafío de amar. Y esto es muy impor-

tante, ya que se equivocan quienes piensan que los testimonios valen y se consolidan tan solo en la persona individual. Estos no han comprendido una faceta muy importante de la «comunidad de los santos» que a mi parecer cobija los tesoros creados por nosotros ayer, hoy y mañana como comunidad.

Esta percepción de la «comunidad de los santos» es importante en los tiempos que discurren en el hoy y en el mañana. Se corre el peligro de vivir la santidad hacia dentro, en el secreto, intimistamente, cuando la acción institucional nos ofrece la posibilidad de colocar la luz sobre el celémín, de iluminar como el faro lo hace arrojando los haces de luz en la oscura inmensidad del mar para iluminar caminos y ofrecer certezas.

Cuando contemplamos las dimensiones enormes de la pobreza, nos puede sobrevenir una sensación de desesperación que nos paraliza, que nos suma en la impresión de que no se puede hacer nada, de que estamos ante una realidad social patológica que se ha hecho crónica, que cualquier acción caritativa social es inútil (el papa Benedicto XVI en NMI 59 reconoce al comienzo del nuevo milenio... millones y millones de personas al margen del progreso). Ante la posibilidad de la desesperanza hemos de denunciar el fatalismo social como eminentemente pagano. Lo cristiano es confiar en la fuerza de la gracia y en los recursos humanos y sociales, convencidos de que podemos transformar la realidad y la historia como lo hizo Jesús en su Pascua transformadora del pecado en gracia, un signo anticipatorio de toda posible transformación social. De esto el voluntariado de Cáritas es portador y garante.

El voluntario de Cáritas portador de esperanza debe realizar un servicio desinteresado, libre y gratuito, desde la responsabilidad, en beneficio de la comunidad y de acuerdo con los principios y objetivos de la entidad.

“Voluntarios de Cáritas,
portadores de esperanza”

Es portador de esperanza y ofrece, con esfuerzo, energía, y generosidad, su tiempo, experiencias y conocimientos a las personas más vulnerables de nuestra sociedad.

El Reino pertenece a los pobres y a los pequeños, es decir, a los que lo acogen con un corazón humilde. Jesús fue enviado para «anunciar la Buena Nueva a los pobres» (Lc 4,18). Los declara bienaventurados porque de «ellos es el Reino de los Cielos» (Mt 5,3), a los «pequeños» es a quienes el Padre se ha dignado revelar las cosas que ha ocultado a los sabios y prudentes (Mt 11,15). Jesús, desde el pesebre hasta la cruz comparte la vida de los pobres; conoce el hambre (Mc 2,23-26), la sed (Jn 4,6-7) y la privación (Lc 9,58). Aún más: se identifica con los pobres de todas las clases y hace que el amor activo hacia ellos sea la condición para entrar en su Reino (Mt 25,14-30) (catecismo de la Iglesia Católica 544). Ellos son los destinatarios de la esperanza desde la que queremos servir la caridad con todas las consecuencias que exige el amor cristiano. De este amor y de esta esperanza el voluntario de Cáritas es portador y garante, y lo hace con alegría.

El voluntariado de Cáritas está ahí donde se debe fomentar el respeto de los derechos humanos, sin distinción de sexo, lengua, etnia, cultura, condición social, confesión religiosa.

El voluntariado de Cáritas está ahí donde se promueve el desarrollo integral humano, en todos los países y preferentemente en los países en vías de desarrollo. Por eso estamos presentes en 162 países y, así, constituimos una verdadera transnacional de la caridad y la solidaridad.

El voluntariado de Cáritas está ahí donde es necesario actuar contra las causas estructurales de la pobreza y el subdesarrollo económico, social y

cultural de los pueblos, inventando y propiciando siempre nuevos caminos para pasar de las «buenas razones» a las «buenas obras», las mismas que sugiere Jesús: tuve hambre, tuve sed, estuve desnudo, fui peregrino.

El voluntariado de Cáritas está ahí donde urge sensibilizar a la sociedad en valores de solidaridad, justicia, paz, igualdad y respeto del medio ambiente.

El voluntariado de Cáritas está ahí donde es necesario colaborar con organizaciones internacionales y españolas de voluntariado, servicio y colaboración internacional que trabajen humanitariamente por el hermano sufrido y necesitado.

El voluntariado de Cáritas quiere sostener acciones que impliquen análisis crítico y denuncia de las realidades que atentan contra la vida y la dignidad de las personas, desde la ética social cristiana y con fundamento en el magisterio social de la Iglesia, privilegiando aquellas acciones que van a la raíz del mal y no solamente a sus consecuencias en la sociedad.

El voluntariado de Cáritas propicia en todas sus formas la caridad, la misericordia y la solidaridad, de modo que en todas sus expresiones la vulnerabilidad humana y la precariedad que acompaña la pobreza, con su cortejo de carencias, dramas y sufrimientos, puedan remediarse y no solo «remendarse» con parches que —como dice el Evangelio— «dejan una rotura mayor» (Mt 9,16-17) cuando pretendemos poner remiendos nuevos en telas viejas. Al globalizar la caridad es posible sonreír, confiar, esperar, hacer el bien y amar.

Sabemos todos que ustedes caminan por el sendero del «humanismo integral», que tiene como tarea ser grano que crezca para llegar a ser un árbol que alimenta y cobija.

“Voluntarios de Cáritas,
portadores de esperanza”

Que el Señor y el prójimo sean los compañeros de su caminar. Cáritas — ustedes— son el punto de encuentro de la nueva humanidad. Coloquen como lo han hecho la luz encima del celemín para que alumbre. Sean ustedes clarividentes y extiendan las manos para unirnos todos en una cadena que ponga en evidencia que Jesús —el Cristo— es nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida.

La esperanza es una virtud cristiana que no podemos deponer, declinar ni hipotecar. Es necesario que recuperemos el valor teológico de la esperanza, pues nuestro hermano contemporáneo adolece de optimismo frente a la vida, de espacios para confiar y de miradores anchos y dilatados desde donde otear nuevos horizontes de ilusión. Cuando una mano amiga acerca el propio corazón al del que sufre eso es ya Evangelio, eso es radicalidad, eso es heroísmo humano y cristiano. Por eso detrás de cada voluntario de Cáritas hay un héroe de la caridad, que, tomando como ejemplo el de la «primera voluntaria», María de Nazaret, recorre el camino de la vida con impaciente deseo de llegar a tiempo para socorrer a quien espera su ayuda.

Gracias por esta invitación, queridos hermanos, porque en un foro como este hablamos y manifestamos aquello que nos anima a actuar y hacer lo que Cáritas hace con el sello indeleble e inconfundible del amor y de la fe: la esperanza. Porque gracias a vosotros, voluntarios y voluntarias, para muchos pobres la esperanza tiene un nombre: ¡CÁRITAS!

Cardenal Óscar Andrés Rodríguez Maradiaga, SDB, arzobispo de Tegucigalpa
Presidente de Caritas Internationalis
Barcelona, 20 de octubre del 2012

